

Una utopía de América

Pablo González Casanova Henríquez

Pedro Henríquez Ureña, dominicano, ciudadano de América, autor de: *Seis ensayos en busca de nuestra expresión* (1952-86); *Las corrientes literarias en la América hispánica* (1949-01); *Historia de la cultura en la América hispánica*; *Gramática castellana* (s/f, con Amado Alonso) y *Mi España*, pero revisor crítico constructivo de la literatura de América y de otras, tuvo gran repercusión en la vida intelectual continental. En varios casos fue mal comprendido y / o tergiversado por ideólogos de la “hispanidad como identidad”, algo que no pretendió jamás: ser un hispanófilo colonialista ni colonial. Falleció hace sesenta años, le llamaron “maestro de América” escritores como José Luis Borges, Alfonso Reyes y otros más en la América indo-afro-latina que llamó “hispánica”. Pero él era martiano, y por ello recorría América.

¿Cómo nació tal vocación? Con la influencia inmensa de su madre, poeta y educadora, Salomé Ureña, directora del primer Colegio para Señoritas de Santo Domingo, maestra en su propia casa: estricta, llena de amor por sus vástagos, desde la vida preescolar de Pedro, Max, Camila (tres futuros escritores reconocidos) y otros hijos. Su muerte precoz marcó en Pedro un destino errático, donde encontró otro asidero ideológico y afectuoso justo en el mundo turbulento del Caribe de fines del siglo XIX, aparte del de su padre Francisco, médico y legista, director de la Escuela Normal. Hay evidencias de que en Pedro Henríquez Ureña tuvo gran influjo su querido tío Federico Henríquez y Carvajal, designado presidente de la República Dominicana por el Congreso Nacional, al momento de una de las múltiples y terribles invasiones por los *marines* de los Estados Unidos, ni más ni menos que para: “enfrentar la invasión, con valor, dignidad, y ver que se finiquitara lo más pronto posible”. Basten las vehementes palabras al Congreso de Américo Lugo:

Volved sobre vuestros pasos, aún es tiempo de salvar la patria. Elegid a don Federico Henríquez y Carvajal. ¿Qué funesto error os apartó de él? En esta hora de duelo nacional, no parece sino que Dios mismo os había tocado en el corazón, tomado de la mano y señalado a quien,

entre todos nosotros, tiene más parecido a Duarte. Ante su nombre callaron las pasiones, porque él carece de ellas; cayó el interés, porque él es desinteresado (1925).

Esa ansiedad que se tornó en lucha que hizo viajar ya nombrado presidente, al tío Federico, y a Francisco, padre del crítico literario, por varios países de Europa y por los Estados Unidos para negociar, honorablemente, la salida de las tropas invasoras, habría de repercutir profundamente en Pedro. Su tío y padrino “Fed”, amigo de José Martí, cuya causa libertaria apoyó en todas las formas que le fue posible, escribió: *Todo por Cuba* enviándole materiales, armas y víveres desde la isla de Haytí —su nombre arahuaco taíno— influyendo poderosamente en su sobrino. El propio prócer y “apóstol” cubano había destinado a Federico su última carta, antes de partir a la guerra donde moriría muy pronto impulsando la independencia de Cuba. El pensamiento nacionalista en el buen sentido, por ser antiimperialista, de Pedro Henríquez Ureña, parece que no se ha difundido como debe ni se ha destacado casi en México.

En Venezuela (Ayacucho, 1978) y en Argentina (revista *Sur*, de Buenos Aires, 1931) apareció *La utopía de América*, donde Pedro ofrece su visión de Martí:

Martí sacrificó al escritor que había en él —no lo hay con mayor don natural en toda la historia de nuestro idioma— al amor y al deber (...). A los cuarenta años, ya entregado todo a la misión de morir por Cuba, todavía creaba amistades eternas. ¡Cuánto amó a España, él, obligado a combatirla!” (...). “El baile español lo hacía cantar de gozo” (...).

Y sigue apenas adelante:

Si la vida no se le corta cuando empezaba a fructificar, habría lanzado sus energías hacia dos empeños superiores que le atrajeron siempre: uno, de afecto, hacia nuestra América, que él sentía y conocía en su vida cabal, desde sus cimientos indígenas, hasta sus ansias de todos los vientos; otro, de razón, la urgencia de dar

a la sociedad organización nueva, más cómoda y más justa que la que ahora padecemos.

En Cuba, a medio siglo de su muerte, llamó la atención en la revista *Casa de las Américas* (202, 1996) su ensayo: “Pedro Henríquez Ureña contra la invasión yanqui”, con título interior: “El despojo de los pueblos débiles” como “página salvada”. Allí expresa, aún joven repudio (octubre de 1916, *El Universal*, México):

En medio del más extraño silencio de la prensa universal, se ha llevado a cabo, durante los últimos meses, la intervención de los Estados Unidos en la República Dominicana. La invasión raya punto menos que en conquista. Se comprende el silencio de Europa, preocupada por sus problemas propios, pero no el de la prensa latinoamericana en su mayor parte. Es verdad que el gobierno de los Estados Unidos, con singular maña y arteria (en que no han omitido procedimientos como la retención de correspondencia privada) oculta al público los pormenores de lo que ocurre, pero un hecho, central, ostensible, no pudo ocultarse: el territorio de una nación independiente de la América española se halla ocupado, sin motivo suficiente de carácter internacional, por fuerzas de los Estados Unidos.

Y argumenta contra las pretendidas “justificaciones” legaloides de Wilson. Sobre Puerto Rico escribe sobre Hostos, escritor y luchador por la independencia de la otra isla vecina, al oriente, (Obra crítica, 2001) en “Ciudadano de América” (p. 675):

Pero en 1868, al iniciarse el periodo de transformación, ve cómo se desdén y pospone el desesperado problema de Cuba y Puerto Rico. El desengaño lo inflama. Pudo haberse quedado, pudo hacerse escritor famoso. Pero decidió romper con España y lo hizo en el memorable discurso del Ateneo de Madrid.

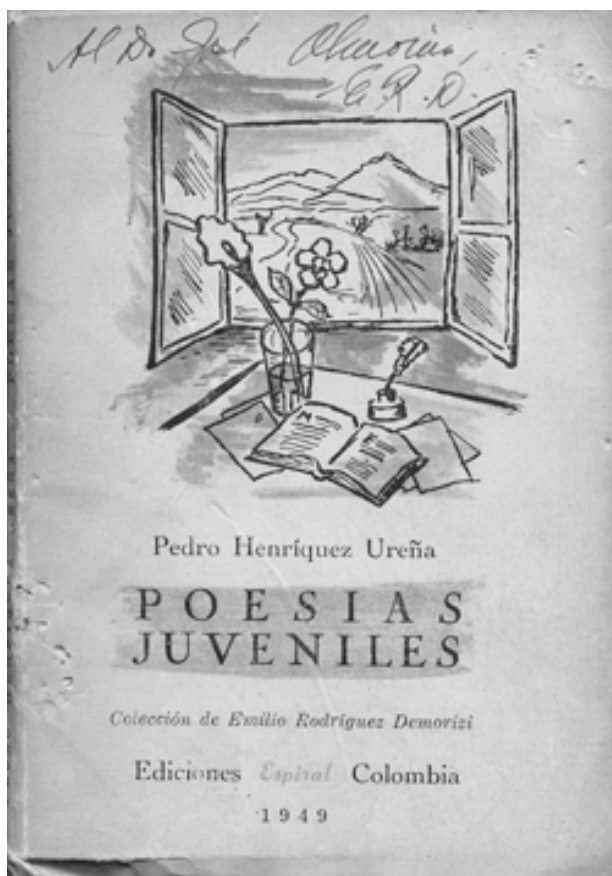
Los que no ven la dimensión continental de Pedro Henríquez Ureña no entienden su premura por los viajes: su recorrido por la inmensa patria, y su percepción de España y de la otra América, sus sujetadores por un lado y sus pueblos y creaciones brillantes por otro. En el primer sentido, eran parte de su guerra secreta y emancipadora de nuestra América; en el otro, eran



atracción intensa de Pedro. Y tampoco ven su prioridad profundamente política, en el sentido grande. Lo citan “rechazando la política” (tal vez no sólo la inmediata, ociosa en la élite). Pero como buen caribe emancipador buscaba el trato alegre en su casa, amable e íntima, y con ello extendía el conocimiento de y hacia otros, era maestro y reconstructor de la cultura propia americana, dibujaba su silueta.

Era pues en nuestra hipótesis “sustentada” su esfuerzo político, sutil, pero “nuestro-americano”: es verdad que perdía empleos y países, y era mal retribuido siempre, o relativamente, como explica su hija Sonia (1996), pero su trabajo era deleite, “para nada sacrificio”. Dice que Reyes no entendía su falta de descanso; que Justo Sierra comentaba: *Cuántas cosas sabe Ureña, cuántas cosas*; Lombardo, su cuñado: *que de él fue la idea de la Facultad de Filosofía y Letras*; y de Vasconcelos, que: *el Ateneo sin Pedro no hubiera existido*. Cita su ideología explícita, casi nunca declarativa (pues desterraba, por método, las palabras pedantes) en el siguiente texto:

Si nuestra América no ha de ser sino una prolongación de Europa —escribe en “Patria de la justicia”— si lo único que hacemos es ofrecer suelo nuevo a la explotación del hombre por el hombre (y, por desgracia, ésa es hasta ahora nuestra única realidad si no nos decidimos a que ésta sea la tierra de promisión para la humanidad, cansada de buscarla en todos los climas, no tendremos justificación: sería preferible dejar desiertas nuestras altiplanicies y nuestras pampas, si sólo hubieran de servir para que en ella se multiplicaran los dolores humanos, no los dolores que nada alcanzará a evitar nunca, los que son hijos del amor y de la muerte, sino los que la codicia y la soberbia infligen al débil y al hambriento. Nuestra América se justificará ante la humanidad del futuro cuando, constituida en magna patria, fuerte y próspera por los dones de la naturaleza y por el trabajo de sus hijos, dé el ejemplo de la sociedad donde se cumple “la emancipación del brazo y de la inteligencia”... Entre tanto, hay que trabajar, con fe, con esperanza, todos los días. Amigos míos, a trabajar. “Aquí está expresada su gran ilusión, su gran esperanza”, —agrega su hija— (...) de que nuestros países alcancen un día su unidad, en trabajo y esfuerzo, por el bien de todos, pero sobre todo, por un mundo justo. Es una exaltación de la eticidad.



Pedro corría, sin descanso, como si la invasión progresara, como si fuera un cáncer: debía cortar, restaurar, sostener, nuestra América. Su familia y su pueblo comían elote acá en México; choclo, allá en Argentina y eran: ¡lo mismo! maíz acá, papa allá, y trigo; camote acá; boniato y ñame en su isla nativa. No contento con ello, también rebuscó en la historia de la Gran Patria, que hoy nos suena otra vez como: *Alemjen-ik* (maya), *Amerricua* (nica) o *Abya Yala* (cuna), y también siguiendo a Martí, en *las raíces de estos pueblos, antes que en los arcontes de Grecia*, hizo de las primeras revisiones, someras, los aportes de las culturas antiguas originarias.

Nuevamente su ideal de *La utopía de América* (FCE, 2003) era sutil, pero precisamente, de la gran patria americana, *la de los aztecas e incas hasta acá* (Martí) con lengua española mayoritaria, pero libre de todo yugo, especialmente de sus amos coloniales: viejo y reciente, hispano y yanqui. Imaginó la independencia de las últimas colonias directas: española y yanqui, aún ésta, transmitió la justicia de que fueran libres, (le urgían Cuba y Puerto Rico, sus pueblos vecinos) y del neocolonialismo. Bolívar decía décadas antes: *los Estados Unidos parecen destinados por la providencia para llenar la América de hambre y miseria en el nombre de la libertad*. Pedro Henríquez no escribió *Mi España* por traspasada hispanofilia, “a ultranza” ni menos nostalgia colonial, como algunos críticos pretenden y reiteran abiertamente. Se

refería sólo al buen pueblo de España, a sus exponentes creativos, no a colonialistas criminales o explotadores. También, por su afecto universal, se le señaló como admirador ianqui (con i, como escribiría su tío Federico) y tuvo que aclararlo: su patria era esa isla mitad taína, mitad caribe; luego africana e hispanoamericana, “por ser ésa” (su tierra).

Decía Borges:

Para Pedro Henríquez Ureña, América llegó a ser una realidad (...). Pedro se sintió americano y aun cosmopolita, en el primitivo y recto sentido de esa palabra, que los estoicos acuñaron para manifestar que eran ciudadanos del mundo, y que los siglos han rebajado a sinónimo de viajero o aventurero internacional (...). (FCE, 2001.)

Y de otros, que buscan sus orígenes judíos, su “espejo enterrado” latín, griego, cristiano: porque “la utopía y la cultura que no eran europeas, no eran”, pensaban varios, pero no él. Pedro era de la América martiana: también africana, arahuaca-taína y caribe, como se ve en sus fotografías juveniles; tenía, desde luego, la sangre única de la humanidad, la de todo el orbe. El peruano Mariátegui le agradecía la idea del título y le dedicaba su reconocido: *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana* (1928); y él traducía del inglés, con Pe reyra y Re yes: *El Estado y la Revolución* (1929). [I]